

naso y hasta el surrealismo le alimentan el pulso; pero el acento es de la más depurada originalidad, y ninguno como él para influir en los otros. Sin exagerar, puede asegurarse que nos encontramos en la era nerudiana de la poesía.

“LA FLOR ESCONDIDA”, de *Pearl S. Buck*, Zig-Zag

Es una de las novelas más folletinescas de la autora de *La Buena Tierra*.

La tesis de este libro nos ha parecido evidente: demostrar la supremacía de la civilización matriarcal norteamericana sobre la patriarcal japonesa. Las mujeres que figuran en el relato predominan sobre los varones sin contrapeso; a la cabeza de todas hay que colocar a una augusta señora yanqui, que maneja sin dificultades al marido, a su hijo y a cuantos la asisten próxima o lejanamente.

El viejo problema racial surge con motivo de casarse en Kioto un teniente norteamericano con una muchacha japonesa que en rigor es su compatriota, pues nació en Estados Unidos de padres nacionalizados en aquel país. Su suegra (la imperativa matrona de marras) se resiste a recibirla en su mansión del Estado de Virginia; argumenta que las leyes prohíben el matrimonio de los blancos con “gentes de color”. El hijo —eso sí— no sólo dispone de la casa materna, sino le es cedida por escritura pública, a fin de que entre a usufructuar de un legado que el probrecito ha menester abiertamente, dada la debilidad de su carácter corroído por edipiano complejo.

El padre del oficial es un flemático caballero que lleva el amén a su esposa en cuanto ella disponga. La japonesita comprende que está demás y retorna a su país con un antiguo pretendiente de ojos rasgados y piel amarilla, no sin antes dar a luz un vástago de su cuasi marido norteamericano. Una doctora judía, ex huésped de un campo de concentración alemán, se encariña con el rorro y lo adopta.

La novelita tiene todas las apariencias de combatir los preju-

cios raciales. No estimamos que sea sincera en este aspecto. El enfoque de la cultura japonesa es en extremo clisé, muy difusos los personajes que la encarnan, y ya se sabe que los vencedores se alzan doquiera con los votos, de modo que la elección de los lectores no puede por menos de favorecer a los norteamericanos. Frente a ellos, los japoneses se ven disminuídos, en escorzo, y el sentimiento que suscitan es de lástima, ¿cómo se les podría admirar?

La *Flor escondida* es la infortunada joven japonesa, que recibe el vejamen de la aristocrática dama de la pequeña ciudad cercana a Richmond, en el Estado de Virginia. Dará sus frutos en Japón. Importará el matriarcado yanqui, puesto que ha podido apreciar sus ventajas incontrovertibles.

De acuerdo con la técnica del folletín —aunque un folletín que corresponde a una autora con Premio Nobel— todos quedan satisfechos al final. La tragedia no se compadece con el genio atletoide de los lectores de la civilizada nación donde hasta el arte debe producirse en serie, procurando que favorezca la salud, del consumidor y alejándole —por tanto— toda posibilidad de dispepsia.

“JUNTO A MI PADRE”, por *Carlos Ossandón Guzmán*, Imprenta “El Imparcial

No sólo los libros de fantasía tienen derecho a participar de los elogios que convienen a la creación. También los que tañen la cuerda biográfica, y muy en especial cuando son escritos con afecto y representan cualidades de encomiable literatura. Es lo que ocurre con la vida de don Carlos Ossandón Guzmán, notable corredor de comercio que ennobleció el ejercicio de los negocios con las dotes de un pasar honorable, emprendedor y desinteresado. Sobresalió asimismo por su espíritu de cooperación. Fué un hombre social.

El hijo lo juzga con inteligente parsimonia, y dibuja de paso